

(y el derecho a la propiedad) sino, que era la sociedad, no tanto los Estados o la misma Unión, quien la organizaba con sus leyes propias y para que jugaran el juego los intereses privados. A diferencia del modelo republicano francés (que se instalaría apenas un par de años después) no era preciso el voluntarismo del Estado (o los Estados) sino esos derechos naturales que vinculaban ciudadanos, leyes y mercado. Casi diríamos, de manera automática. Cuando se compara qué tipo de república y qué tipo de Estado y qué tipo de capitalismo surge en cada caso, conviene dos sumarias conclusiones. La primera, sobre el *substratum* económico, el capitalismo es uno y varios. La segunda, conviene observar en óptica de ciudadanos del mundo actual, qué lugar decisivo ocupa la sociedad civil y no únicamente la clase política. Así, en el caso del nacimiento de la democracia en los Estados Unidos, hay que decir que la idea misma de *people* del inglés de Hobbes, un tanto solemne, “el cuerpo de ciudadanos”, recibe en América un uso más relajado: la gente, las personas, “*the great body of the people*” de Madison, en *The Federalist Papers*, nº 46, un “superior común”. En suma, la innovación americana es colocar al *people*, del conceptualismo de los clásicos (Hobbes, Rousseau) en los hechos concretos y cotidianos de la vida americana, “*people say, people want*”. Así, Gordon Wood, señalando ese pasaje del singular al plural del término “*people*”, vuelve compatible el “interés común”, y “la multiplicación de centros de poder”, rasgo típico de la vida política norteamericana hasta nuestros días (Cf. Wood Gordon, *The Creation of the American Republic*, University of North Carolina Press, 1959).

2. AMÉRICA DEL SUR, SIGLO XVIII-XIX LA GUERRA DE LA EMANCIPACIÓN Y LOS LIBERTADORES DE PROVINCIAS A NACIONES Y AL MUNDO

A comienzos del XIX se hunde el antiguo régimen colonial. Pongámonos de cara a un hecho indiscutible: España pierde sus dominios americanos. Con la excepción de Cuba, el Nuevo Mundo se separa de la Corona. En lugar de *La América española*, término que tuvo vigencia en el XVIII, aparece un conjunto de nuevos Estados. La consecuencia política más visible de la Independencia en los inicios del siglo XIX fue el triunfo de los criollos. Ellos sustituyen a los funcionarios regalicios. Desde los inicios, se configura una escena republicana muy restringida.

La Independencia fascina, sin embargo, y abre las puertas a todas las confusiones. La más frecuente, la más interesada, es la identificación triunfalista de los que

se toman por sus herederos. Las clases dominantes, esas precisamente que no se han batido por conseguir repúblicas de iguales, en beneficiosa retórica oficial, no pierden la ocasión para atribuirse una partida de bautizo venida del arrojamiento de los combatientes de hace dos siglos. La patria rara vez será entonces un proyecto sino una rutina institucional. Y sobre todo, una ocasión de celebración. Efeméride, fiesta, Panteón de los Héroes. Se ostentan las más altas magistraturas sin la energía de los Padres fundadores. Presidentes ¿de qué? ¿Cuántas veces el Estado Soberano se hace respetar ante las fuerzas nómades del capitalismo internacional? ¿Cuántas, ante las fuerzas internas que tienden a ser centrípetas, listas a desobedecer a la primera ocasión? Pocas veces, pero no faltan *te deums* y misas solemnes en los aniversarios patrios. Patriotismo del parecer y no del ser. Convengamos, sin embargo, que la teatralización del ayer en beneficio del presente, es un recurso al cual acuden las clases políticas del mundo. No hay Estado que renuncie al aprovechamiento del pasado para darse legitimidad. La historia misma en tanto que ciencia, ha nacido con esa intención, la construcción de la nación. Los primeros historiadores nacionales fueron los del romanticismo alemán y el francés del siglo XIX. Los estudiosos alemanes fundaban su legitimidad en el “*volg*”, los vínculos de la sangre y de la lengua. Los franceses, con Michelet a la cabeza, en la revolución misma, 1789 como hazaña de la voluntad entera de un pueblo.

A esa primera recuperación, de carácter oficial, legitimista, se enfrenta otra más reciente, que asume un lenguaje revolucionario. Cuestionar el sistema es absolutamente necesario. La América Latina es en pleno siglo XXI, el lado pobre y precientífico del mundo occidental. Se necesitan no solo reformas sino modificaciones de fondo. Lo curioso es que las propuestas revolucionarias no suelen ser un proyecto sino una revisión historicista, y a veces, en ese punto preciso, se empantanar. A veces, en sus casos más agudos, son una propuesta de vuelta al pasado para volver a comenzar, a los Incas por ejemplo. Lo cual es quimérico, romántico, idealista. Ahí se instala una segunda lectura no menos sesgada que la anterior, en torno a la Independencia. Se la ve entonces, como algo inacabado o traicionado. Con arreglo a ella, Artigas y Bolívar no son sino la antesala decimonónica al advenimiento de los verdaderos revolucionarios. Esto es grave. Se sustrae la Independencia a su propia lógica. Se malentiende de golpe pasado, presente y futuro. Se nutren entonces corrientes mesiánicas, ahistóricas, salvacionistas. Se quiere “bautizar de nuevo” todo. Al país le cambian de nombre. A la república la quieren refundar. Al socialismo le inventan nuevos apellidos para callar los experimentos históricos fracasados. Son anabaptistas de los días de Lutero, pero ellos lo ignoran. Gente más bien cercana

a Thomas Muntzer que a Marx o a Bolívar. El problema de la interpretación de la Independencia es que está muy cerca, demasiado cerca. Transferimos a su lectura una visión de las cosas desde la limitación de nuestro propio horizonte. El pasado de estas naciones incompletas es entonces un mueble antiguo, uno de esos baúles familiares donde cada uno toma el traje que le conviene, listo para la teatralización de una política que no resulta sino un juego de máscaras.

Salgamos de la caverna platónica. La emancipación de las colonias americanas de la Corona de España ocurre entre 1808 y 1824. Y es verdad que la expansión de los imperios coloniales, ingleses, franceses y belgas, es posterior, durante el siglo XIX e incluso del siglo XX. ¿Dónde está la diferencia entre la emancipación latinoamericana y la descolonización africana y asiática? Ni el desplome del imperio español en las Indias resulta ser la versión iberoamericana de la revolución de las trece colonias de la América del Norte, ni fue un anticipo de la partida en masa de europeos coloniales como en África y Asia de nuestro tiempo. Los gobernadores lusitanos y virreyes españoles tomaron el barco de regreso a Europa pero no sus usos y costumbres. Estos quedaron en los hábitos vestimentarios, culinarios y funerarios. Modificados, ciertamente, como en esas cruces cristianas de los Andes, que llevan además de los atributos católicos, escaleras, flores y adornos que revelan un aporte estético que no es el de los pueblos creyentes del Mediterráneo europeo. Mejor dicho, es cristianismo más otros componentes vernaculares. Por eso, una formulación demasiado general de las sociedades del Nuevo Mundo, no se condice con la complejidad que la Independencia iba a revelar. Los libertadores descubrirán, acaso a despecho de sus intenciones, un gigantesco escenario social y político. Aquello fue una inmensa guerra civil, con conflictos locales, regionales y nacionales de los cuales el continente no ha terminado de salir en dos siglos.

Los imperios posteriores de ingleses y franceses colonialistas duraron poco. La América española en cambio marcó durante tres siglos, para bien o mal, territorios y poblaciones. Lo que dejaron no se esfumó. La civilización ibérica no se fue con el último virrey. Mucho quedó en la huella arquitectónica, por ejemplo, en las iglesias de torres bajas, corriente de México al extremo sur de América, en el trazo de los pueblos pequeños con plaza central y calles en damero y tantos otros aspectos de la vida cultural y social que ya son parte de nuestra vida cotidiana. Las otras “independencias”, no las nuestras, en el siglo XX fueron vastos procesos de descolonización. La lengua del opresor, el francés en Argelia, por ejemplo, dejó de practicarse. Reivindicaciones más completas, totales, se imponen al reclamar el Islam, no una esfera social que nunca perdió sino la sumisión de la esfera política.

No siempre fueron esas “independencias” producto de guerras, a menudo contaron con la necesidad de las potencias industriales en dejarlas a su suerte y destino. En India no hubo guerreros sino políticos y negociadores como Gandhi. Además, esas independencias afroasiáticas se combinaron con las ideologías del siglo XX, con el nacionalismo y el marxismo, lo que condujo a otro tipo de naciones y de Estados. Es el caso de Vietnam, de la China de Mao. Entre nuestras independencias y la descolonización del tercer mundo pesan criterios de autonomía culturales, religiosos y étnicos que no asoman en el momento de los libertadores. Esos criterios hoy, cuando emergen, en particular en los países andinos, suelen ser comunitaristas, y a ratos, antirrepublicanos. La lógica social comunitaria crea una substancia inalterable, y en su nombre, no incluye sino excluye.

La Independencia fue un hecho político, un cambio de régimen pero no un cambio de civilización. La cultura colonial, cultura en el sentido antropológico, maneras, usos, creencias, *status* concebidos por el rango, se hizo continuidad bajo las instituciones republicanas. La vieja dominación había sido vencida en los campos de batalla, pero solo en ellos. La colonialidad, para llamarla de alguna manera, había sembrado rasgos culturales, religiones y lenguas por varios siglos. El tiempo colonial fue lento. Lejos de todo. Como una inmensa marmita, esas sociedades coloniales produjeron mundos particulares, pese a sus precarios dominadores, gracias a la lejanía y a los siglos. Mundos humanos, complejos y a la vez bien diferenciados de las culturas nativas atropelladas en el XVI, como de las matrices culturales metropolitanas importadas. El imperio del mar y del comercio de las flotas españolas tuvo los límites de la capacidad de sus propios navíos. Llevó consigo muchas cosas, los metales preciosos de Potosí y de las minas de Zacatecas, y la papa, que fue adoptada aunque tardíamente por la Europa hambrienta de esos siglos. Llevó consigo las noticias de un mundo no solo raro y bizarro, lo que atrajo a naturalistas, hombres de la Ilustración que estudiaban a la vez la natura y la sociedad como Alexander von Humboldt, pero no trajo muchos científicos a vivir en la América austral. No trajo judíos, salvo Brasil, que se pobló de ellos, y quizá por eso, prosperó no solo antes que toda la otra América que hablaba y rezaba en castellano, sino de modo diferente. Entre una y otra América, la ex española y la ex lusitana, no solo hay diferencias políticas sino punto de partida distintos. Como se sabe en matemáticas, con las leyes de Feynmann, el estado inicial de un sistema dado, en sus mínimas diferencias, determina que las trayectorias posteriores se separan o difieran. Brasil no nace como el resto de repúblicas del continente. Nace con un príncipe que decide no volver a Europa, y que no se proclama rey

sino, modestamente, emperador. Para comenzar, nace deliberadamente occidental, como una extensión de la Ilustración en tierra tropical cuando unos 400 sabios siguieron a Pedro I al Brasil. No se disgrega en varias naciones, algunas, capricho inicial de caudillos. Nace con Estado, en 1820, un Reino Unido hecho de Portugal y Brasil. Y luego, brillantemente, una entidad política que abraza una sociedad muy variada pero de ciudadanos bajo las mismas leyes. Lo que hasta ahora, muchos países independientes no logran darse. Brasil no es latinoamericano, salvo por el azar geográfico.

En el mundo de la ex indias españolas, se formaron sociedades particulares, y no hay que tomarlas como la simple extensión de España y Portugal a nuevas tierras. No son prolongación como Australia, Nueva Zelanda o Canadá. No repiten un modo de vida, como en esas tres naciones de la periferia inglesa. Inventan otro, por la fuerza de las cosas. Sin embargo, Brasil colonial-lusitano y las naciones hispano-coloniales, en algo se asemejan. Fueron y somos culturas de varios sincretismos y de cruzada hibridización. Fuimos y somos mezcla, sorpresa, novedad. Se fue a Europa el maíz y sobre todo la papa o patata, pero llegaron las aves de corral, los bueyes, la vid y los frutos cítricos como el azúcar y también el café, el trigo para el pan, las tejas que se lucen en los pueblitos andinos y en el Cusco, las ovejas y ese paciente animal, el burro. Es imposible imaginar el cuadro cotidiano de vida de una aldea supuestamente india de Guatemala, Ecuador, Bolivia y Perú, sin esos elementos culturales traspasados de un mundo a otro mundo. Y llegó con los dominadores otra religión, nos guste o no, el cristianismo. Las altas pirámides de Teotihuacán no congregan a los mexicanos sino a la Virgen de Guadalupe. Y si esto es así, el Libertador no viene a cerrar el episodio abierto por el Conquistador. Entre el XVI y el XIX, algo enorme había ocurrido. Algo que hasta ahora nos intriga y que se resiste a simplificaciones. Un gigantesco *bricolage*. De tener tiempo, podríamos ocuparnos ahora de la dignidad y la poesía del *bricolage* (Lévi-Strauss, *La pensée sauvage*, Plon, 1962). Aplicada antropológicamente a lo que ocurrió en las dos Américas australes, la lusitana, la española, unas y otras tareas de colonización se hicieron con los “*moyens du bord*”, con lo que había. Pero eso es otro tema. Acaso algún día terminaremos de comprender cómo se hicieron las *fazendas* brasileñas que describe Gilberto Freyre en *Casa-Grande y zenzala*, y las haciendas mexicanas anteriores a 1910, que ha estudiado François Chevalier (*La formation des grands domaines au Mexique*, París, 1952; en español en 1956). Solo entonces entenderemos por qué todo en Brasil y México, dos gigantes, se parecen y a la vez son diferentes. *Fazendas*

y haciendas fueron dos culturas señoriales, bastante distintas. Pero paradójicamente de ellas han salido dos poderosas naciones.

En los inicios del XIX, éramos ya “una suerte de género humano aparte ” (Bolívar). Lo que afirmaba el Libertador lo había notado hacia 1805, Alexander von Humboldt, gran viajero ilustrado. Sus tablas demográficas confirman que indios, negros y blancos “puros”, para esa fecha, ya eran numéricamente minoritarios a lo que entonces se llamaba “castas”, o sea los mezclados. Acaso este solo hecho sirva para manifestar la originalidad de la sociedad iberoamericana y a la vez la ambigüedad de su revuelta colonial. No la encarnarán los más oprimidos, indios o negros. Expresaba, se dice en cierta historiografía, la rivalidad entre criollos y peninsulares. ¿Una suerte de guerra civil entre españoles nacidos en América y los de cuna ibérica? La tesis la sostienen diversos historiadores contemporáneos pero no es convincente. “La bella leyenda” la llama Tomás Pérez Vejo, de la Escuela Nacional de Antropología e Historia de México. Los Bolívar, como familia, recuerda “siempre estuvieron en el poder”. Los oficiales de origen americano en la América preinsurreccional era de un 60 por ciento. “El conflicto entre peninsulares y criollos fue magnificado por la publicística de la independencia” (*Regard sur deux siècles d’indépendance, Amérique Latine*, París, 2010). Ni los aparatos burocráticos del Imperio español ni las redes de familias con miembros locales y metropolitanos, ni la mentalidad ni las creencias, autoriza a hablar de dos comunidades enfrentadas e incompatibles. Por lo tanto, no se la puede asimilar a la descolonización europea en la mitad del siglo XX que además de insurreccional y guerrera — en Argelia, en Vietnam — sí expresa enfrentamientos entre colonos dominantes y pueblos sometidos. Los criollos vencedores en América austral, no fueron esa ruptura.

Otro tópico muy repetido es el de una Independencia incompleta. Comparado con el Occidente industrial y ahora con China e India y los gigantes emergentes, es un hecho el retardo latinoamericano. Y de nuevo, con la salvedad de Brasil. Ciertamente, la brecha tecnológica entre el Occidente industrial y “el Extremo Occidente” que vendríamos a ser (el concepto es de Octavio Paz y lo retoma el profesor francés Alain Rouquié) ha continuado ampliándose en el curso de los últimos dos siglos. La Independencia política no ha sido suficiente, qué duda cabe. No quita que exista. Por lo demás, la idea de desarrollo no era una idea fuerza en el momento de la separación del tronco hispánico. No era concepto posible de concebir antes de la revolución industrial. Acaso resultaba entonces vigente la idea del progreso en el sentido que le da Kant y la Ilustración, es decir, libertad individual y sed generalizada de cultura.

Crecer económicamente es concepto reciente, creencia y exigencia de nuestros días. En el momento de la Emancipación, la victoria de los patriotas, entre 1816 y 1824, *stricto sensu*, buscaba el fin de los virreinos, la separación pura y radical de la Corona de España y el nacimiento de Estados independientes. El anticolonialismo de esa hora no puede ser el nuestro. Era jurídico, institucional, político. También lo eran las revoluciones en Europa, la liberal de 1660 (después de decapitar a un rey) y la de 1789 que hemos estudiado. Los reclamos de derechos sociales aparecen después. En las luchas sociales del siglo XIX y XX, a ambas orillas del Atlántico.

Historia es saber cómo piensan y actúan los hombres de un momento dado y no pedirles lo que estuvo fuera de su contexto y percepción del mundo. Era parte de la mentalidad de los Libertadores el papel privilegiado que otorgaban a las luces, es decir el gusto por las artes y la ciencia, por la libertad individual, el uso del juicio y la razón, la lección de Kant — el hombre es libre solamente si se instruye —, y una suerte de moralismo sentimental, no hay otro modo de llamarlo. Ideales roussonianos y del siglo XVIII. Como se ha señalado, desconocieron el valor de los procesos económicos. Si bien Adam Smith había publicado, en 1776, *La riqueza de las naciones*, su obra todavía no era parte de una reflexión filosófica y moral. La economía como ciencia comienza por su sucesor, David Ricardo, cuyo *Plan para el establecimiento de una Banca Nacional* es de 1824. Y entonces, la Independencia era un hecho consumado. En 1818, había nacido Marx que estudiará a Smith y a Ricardo. Los libertadores no podían saber por su cuenta lo que ningún hombre de su tiempo todavía no conocía, esto es, la importancia de la teoría del valor y la formación del capital. Su programa de recuperación financiera era, pues, sumario y expeditivo: libertad de comercio, empréstitos (a Inglaterra) y mejor percepción de impuestos. Como muchas revoluciones anteriores a la era industrial, el supuesto mismo de una igualdad fundamental entre los hombres que no fuese la de la ley y el derecho, les era ajena. Herederos de 1789, buscaron una igualdad política. La aspiración a la igualdad económica y a la justicia social vendrá después de ellos.

Bolívar

Hemos llegado a Bolívar. De los republicanos revolucionarios, no cabe la menor duda que en materia de rango y alcurnia es el mayor según el estatuto del Antiguo Régimen colonial que él combatirá. Para poner las cosas en su sitio, estamos